

En cuanto á esta Real Academia, apartada de las luchas políticas y capaz de imparcial rectitud por colocarse en la región serena del arte puro, entiendo yo que recibe con agrado en su seno al buen escritor, sea ó no periodista, considerando el periódico como medio de publicación de toda obra literaria y no como género especial de literatura. Lo que examina y juzga la Academia es el valer del escrito, prescindiendo de su extensión y de la manera con que está publicado, ya en hojas sueltas, ya desde luego en un libro, ya primero en las hojas sueltas y en el libro más tarde. En el caso presente, reconoce la Real Academia en un periodista lo que en otras ocasiones ha reconocido en el poeta lírico, en el autor dramático, en el orador político, en el novelista ó en alguien dedicado al estudio de ésta ó de aquélla ciencia: el esmero, el tino, el buen gusto, la inspiración y el arte con que se maneja nuestro hermoso idioma, en la conservación de cuya pureza castiza se emplea esta Real Academia, sin oponerse, sino legitimando el aumento del antiguo heredado caudal con cuanto de lo recientemente adquirido no le afea ni le vicia.



## EL RENACIMIENTO

DE LA POESÍA LÍRICA ESPAÑOLA (1)

Su Majestad el Rey honra y visita hoy esta casa, y en la aurora de la vida presta á nuestra junta pública el esplendor que la alegra y en cuyos destellos tempranos se columbra ya, para bien de la nación, el pronto cumplimiento de consoladoras esperanzas. Su augusta madre, la Reina Regente, viene acompañándole. Ambas Majestades van á realzar, por su intervención, la concertada y conmovedora ceremonia de premiar la virtud modesta con solemne reconocimiento, duradero testimonio y galardón merecido.

Mucho me lisonjea la confianza con que se me distingue encomendándome la redacción de un

(1) Discurso leído ante SS. MM. y AA. RR. en Junta pública, celebrada por la Real Academia Española el día 13 de Mayo de 1900, con motivo de la traslación de las cenizas de Goya, Meléndez Valdés, Fernández de Moratín y Marqués de Valdegamas.

discurso para tan solemne ocasión, pero temo mostrarme harto inhábil, ya que sobre mi corta aptitud, vienen á ponerse, con grave pesadumbre, mi ancianidad y mis dolencias. De todos modos, al pedir la venia para usar de la palabra, y al impetrarla de las augustas personas aquí presentes, les pido también la indulgencia de que sin duda habrán menester mis faltas; indulgencia que espero alcanzar en el ánimo de la egregia Señora que nos preside, porque su amor inteligente á nuestra literatura la induce y mueve á mitigar la severidad de su juicio. Y sin duda, en S. M. la Reina vive este amor y se consagra con singular preferencia á las letras españolas, no ya sólo en el día, en que nuestra patria es la suya, sino desde antes que abandonase su tierra natal y el seno de su familia, cuyos ascendientes reinaron en España durante dos siglos de elevada fecundidad de pensamiento. Ya en aquella Corte, que dejó para reinar en la nuestra, aprendió S. M. á estimar nuestra poesía, tan admirada é imitada por Francisco Grillparzer, popular poeta; por Fernando Wolf, sabio y entusiasta historiador de sus glorias, y por Adolfo Mussafia, tan profundo conocedor de los orígenes y del ser del rico y sonoro idioma en que dicha poesía está escrita. Con la protección y amparo de aquella Corte descolló el compositor excelente á quien inspiró sus más dulces y melodiosos cantos y sus

más aterradoras armonías el héroe tradicional ó fantástico levantado por vez primera en la escena por el ingenio de aquel dramaturgo español, que vencería á todos si el que apellidamos Fenix no hubiera existido. Y en los teatros imperiales y regios de aquella Corte, nuestra Reina hubo de ver representadas con mayor frecuencia, con aplauso vivo y con más pompa y aparato escénico que en España, las obras inmortales de Lope, de Calderón y de Moreto.

Disipado un poco mi temor por las razones y motivos expuestos, y alentado mi espíritu por la benevolencia soberana, me atrevo á emprender y á llevar á cabo mi tarea.

Con ocasión de la venida á España y á esta villa de Madrid de los restos mortales de cuatro españoles famosos en artes y letras, y que han de reposar ahora en sepulcral monumento que la nación les dedica, nos hemos reunido para honrar la memoria de dichos claros varones y para recordar con gratitud y amor el valor de sus obras, apreciándolas, no obstante, sin hipérbole y con justicia.

Sobre uno de los cuatro personajes sería para mí más difícil disertar que sobre los otros tres, si tuviera que atenerme á mi propio juicio, porque carezco de los conocimientos técnicos que pudieran servirme de guía, y en todo fallo dado por mí faltaría la autoridad conveniente.

Por fortuna, el mérito del personaje á que aludo ha sido ya tan acrisolado por la crítica y tan reconocido y ensalzado en toda Europa, y se halla tan por cima de controversias y de dudas, que me bastará afirmar sin aducir pruebas, conformándome con la general opinión para cumplir mi encargo, otorgándole justa alabanza, y para que todos cuantos me escuchan convengan con mis asertos.

Acerca de los grados de elevación de los tres personajes que se distinguieron por sus letras, entiendo yo que puede discutirse no poco; pero en vista del universal y concorde asentimiento, es indiscutible el alto valer del personaje que floreció como artista; medida está con exactitud su grandeza y están pesados los quilates de su gloria.

De D. Francisco Goya y Lucientes puede afirmarse, sin recelo de que nadie lo contradiga, que fué un gran pintor; pero de D. Juan Meléndez Valdés y de D. Leandro Fernández de Moratín, no nos atrevemos, sin previa y detenida demostración, á decir, por mucho que los estimemos, que fueron dos grandes poetas.

No es menester aducir pruebas y razones, que nadie desconoce ni impugna, para colocar á Goya al nivel de los más egregios pintores que florecieron en España en la dichosa edad de nuestra preponderancia política y de nuestra expansión civili-

zadora por el mundo. Al lado de Velázquez, Murillo y Rivera, se levanta el pintor aragonés, y venido en época de postración grandísima, cuando parecía que el genio de las artes nos había abandonado, prueba que el genio de las artes vive aún entre nosotros, despierta de largo y profundo sueño, y abre nuevos caminos por donde él y los que siguen sus huellas han de ir á alcanzar lauros inmarcesibles y vencedoras palmas.

Estuvo Goya dotado de originalidad tan castiza como la de los otros tres grandes pintores. No pudo eclipsarla ningún extraño influjo, ora procedente de la clásica antigüedad y de la admiración que infunde, ora importado de Italia, de Francia ó de otros países. Y esta originalidad, por otra parte, no hace de él un mero continuador ó renovador de antiguas escuelas, porque el exclusivo y propio sello de la originalidad del individuo, le separa y distingue de Velázquez, de Murillo y de Rivera, y le da el aspecto y el carácter de la diferente edad en que vivía, con otras ideas y sentimientos, y con nueva manera de ver, de comprender y de representar las cosas.

Goya, pues, aparece en la historia del arte español como espléndido faro que alumbró su renacimiento y proyecta luz inextinguible sobre la senda que van siguiendo y siguen cuantos dan testimonio de que el arte no ha muerto en España, y mantie-

nen viva la esperanza de que ha de florecer todavía con inagotable y nativa riqueza.

Por lo demás, no ya mi desautorizada palabra, sino la más elocuente disertación sería inadecuada y tendría poca fuerza persuasiva, ahora que están reunidos y expuestos al público cuantos cuadros de Goya hay en Madrid, para justificar el elogio que aquí les damos.

Con mayor detenimiento me importa tratar de los dos poetas ya mencionados, que vivieron en la misma época de pintor tan célebre, y á quienes con la franqueza que me es propia y que temo que alguien califique de inoportuna y desabrida, no me he atrevido á llamar grandes; pero yo diré en mi abono, que toda alabanza que no esté previamente justificada, perjudica tanto como la más acerba censura á las personas sobre quien recae.

Debe entenderse asimismo, que para tasar en su valer los merecimientos de escritores y de poetas, se requiere el estudio de la edad en que florecieron; porque los escritores y los poetas, aun sin llegar á ser grandes, sin ser preconizados como *genios*, vocablo de moda que hoy tanto se usa, y del que hoy tanto se abusa, pueden bien ser ensalzados como felices sustentadores de la cultura patria, cuya antorcha avivan con resplandor nuevo, al transmitirla á otras generaciones.

Sin investigar por mí mismo las causas, y sin

aceptar tampoco el resultado de ajenas investigaciones, muchas y muy opuestas y que nada me satisfacen, es lo cierto que la original cultura de España, tan predominante y estimada en el mundo, á par de nuestra política y de nuestras armas, durante un período casi de dos siglos, se había torcido y viciado y había caído en postración al terminar el siglo xvii de nuestra era.

No nos incumbe aquí hablar de los fundamentos de aquella civilización tan floreciente primero y después con tanta rapidez decaída. Tal vez las doctrinas de los filósofos, teólogos y jurisconsultos que la informaron con su espíritu y los actos de los políticos que la sostuvieron en España, en las extensas regiones sujetas á su imperio y en el resto del mundo, no estén aún debidamente juzgados. De nuestra literatura, con todo, aunque tengamos que prescindir de sus fundamentos, puede afirmarse no poco tan ajustado á la verdad que no haya recelo de promover contradicciones.

La sencilla y espontánea poesía épica de nuestros romances y la pasmosa fecundidad de nuestro teatro, el más rico del mundo, tienen el ser, la vida y la marca indeleble del carácter propio de la nación en quien y para quien fueron creados.

Aunque ignoramos las causas, el efecto es innegable. El espíritu español se había pervertido y abatido; pero no había muerto. Su vida es inmor-

tal y debía reaparecer y reapareció con nuevos modos de pensar y de sentir, de acuerdo con los tiempos nuevos y con las mudadas condiciones del mundo. Mas no por eso se puso en desacuerdo con el ser substancial que tuvo y tiene, ni tomó tan extraordinario aspecto que dejase de mostrar su íntima conexión y su fraternidad con lo antiguo.

Yo creo que al volver á su patria los restos mortales de D. Juan Menéndez Valdés y de D. Leandro Fernández de Moratín, la primera satisfacción que debemos dar á sus almas, á fin de honrarlas honrándonos, es que fueron tan españolas como quieren serlo nuestras almas. Sin enmudecer y sin ser anacrónicas, conservaron su condición castiza, y no fué menester que adoptasen ideas y sentimientos de otros países, reproduciéndolos servilmente en sus obras.

Nadie niega la hegemonía intelectual de Francia ni el magisterio que durante el siglo XVIII ejerció en toda Europa; pero el sentir y el pensar que dió ser á las doctrinas que ese magisterio divulgaba, no fueron exclusivos de Francia. Malos ó buenos procedían de toda la civilización europea y habían nacido y llegado á completa madurez en el momento prescrito, como el fruto sazonado aparece en el árbol. Pero si bien á Francia tocó en suerte cosechar mejor este fruto, repartirle y darle á gustar, y si bien Francia formuló con mayor brillantez

el pensamiento de aquella época, todavía su influjo distó mucho de ser tan grande como se ha supuesto. Ni en Inglaterra, ni en Italia, ni en España, desnaturalizó el espíritu nacional, ni produjo solución de continuidad en su histórico desenvolvimiento.

En España, donde tal vez nuestro engrimiento nos había aislado y nos había cegado para no ver ni aceptar ciertos progresos, y donde el ímpetu y la abundancia de la inspiración propia habían roto todo freno y traspasado toda medida, fué un bien que aceptásemos los preceptos y las reglas de una crítica venida de fuera, no para reprimir un torrente que ya se había secado, sino para abrir á la inspiración nuevo cauce.

En nada mejor que en la poesía lírica se advierte que el renacimiento brotó de las propias raíces de nuestra cultura, salvo el esmero con que se podó la planta limpiándola de su agreste y vicioso ramaje.

Nuestros líricos del siglo XVIII no imitaron ni tomaron por modelo la poesía francesa de entonces, tan diferente siempre de la nuestra y que aún no había subido á la altura que hoy tiene, ya que el primero en encumbrarla fué Andrés Chenier, apenas conocido por sus obras hasta muchos años después de su temprana y trágica muerte.

Nuestros líricos del siglo XVIII siguen las hue-

llas de nuestros líricos del siglo XVI, y si algún influjo extranjero se nota en ellos es el influjo de Italia, que en el siglo XVI fué mayor todavía.

¿Qué hubo en el amable y dulcísimo Fr. Diego González que no naciese de su propio ingenio encendido en el entusiasmo que le inspiraban Fray Luis de León, su maestro, Garcilaso y otros egregios poetas de nuestro siglo de oro? ¿A quién imitó el alegre y risueño Iglesias que no fuese español? ¿El heroico y bondadoso Cadalso, aunque criado y educado en París, no se parece más que á cualquier vate exótico á D. Esteban de Villegas? ¿En qué autor francés pudo inspirarse ó se inspiró Jovellanos al componer sus enérgicas y hermosas sátiras, donde, si por el asunto coincide con Parini, es tan otro por el estilo, primoroso y afiligranado en el vate de lialia, y nerviosamente conciso en el de España?

Tales fueron los amigos, maestros y protectores de D. Juan Meléndez Valdés, personificación completa de la renacida poesía española y maestro dichoso de otros líricos, entre los cuales hay alguno que se le adelanta con más firme y atrevido vuelo.

Para disipar los prejuicios y erróneos conceptos con que se ha juzgado hasta hoy la literatura española del siglo XVIII, conviene notar que no nació ni creció como planta cultivada en invernáculo merced al cuidado de príncipe poderoso que trajo

su semilla de suelo distante y la sembró y la cuidó con esmero en artificiales jardines para su regalo y adorno. Carlos III fué por cierto el más paternal y bien intencionado de aquellos monarcas de entonces que se preciaban de filántropos, que amaban el progreso y que se afanaban por lograr la mayor cultura y por realizar reformas y adelantos en los Estados que gobernaban.

Sin duda el buen intento del Rey importó mucho en el florecimiento que hubo en su reinado, pero de poco hubiera valido si la nación no hubiera estado dispuesta y hasta ansiosa de despertar á nueva vida.

Más bien que en la capital y no bajo el amparo áulico y cortesano, sino en ciudades distantes, en los campos y en las aldeas, empezó á florecer de nuevo nuestra cultura, demostrando así que era espontánea y no importada ni debida á regio ni oficial auxilio.

En el antiguo foco de las ciencias y de las letras españolas, decaído ya y hasta menospreciado, en Salamanca, puede decirse que amaneció el nuevo día. En la soledad del claustro y no en los palacios de Madrid, y en el mismo apartado huerto donde tuvo ó imaginó tener sus admirables diálogos el autor de *Los nombres de Cristo*, se inspiró Delio, celebró la hermosura de los campos y cantó sus inocentes amores.

Favorecido y animado por Delio, por Jovino y por Dalmiro, porque entonces tomaban los vates nombres pastoriles fingiendo una Arcadia ideal, templó y pulsó Meléndez su lira y entonó sus bellas canciones, que no enamoraron sólo á las niñas del Tormes y del Zurguén, sino que, difundiendo en ráfagas sonoras, llegaron á las orillas del Betis y despertaron á las musas de Andalucía, moviéndolas y alentándolas con amor y con emulación fecunda y dichosa.

No fué, con todo, de esta única suerte el renacimiento. No apareció sólo en un punto, sino en varios, conservando su índole tradicional y castiza, aunque pugnase siempre por corregir extravíos y errores pasados.

Este fué el propósito que al mal llamado pseudo-clasicismo le tocó realizar. En este sentido don Leandro Fernández de Moratín representa el primer papel y descuella entre los escritores y poetas de su época, si se prescinde de Quintana, de Nicasio Gallego y de algún otro, los cuales, aunque fueron contemporáneos de Moratín, en el orden dialéctico pueden considerarse y estimarse por sucesores suyos.

Dentro de la apacible y sosegada evolución del ingenio español, y hasta para poner medida y concierto en los impetuosos arranques que las conmociones políticas trajeron más tarde, valieron de

mucho el reposado y sereno juicio, las reglas y los preceptos y el buen gusto de que fué Moratín hábil defensor y adalid valeroso.

Y no es esto decir que antes de Meléndez y de la escuela sevillana, se hubiesen perdido del todo ó enturbiado las abundosas fuentes de que nuestra literatura había brotado en los dos anteriores siglos. Nadie da tan claro testimonio de la persistencia de esas fuentes y de que su caudal copioso manaba aún con limpieza y frescura, como el ilustre padre del ingenioso escritor y poeta que ahora celebramos. Con resplandor evidente lo demuestran sus populares quintillas de la fiesta de toros en Madrid, sus romances moriscos, como el de *Abdelcadir* y *Galiana*, en nada inferiores á lo más inspirado de nuestro antiguo romancero; el magnífico romance histórico de la empresa de Micer Jaques Borgoñón; el canto épico de las naves de Cortés, y hasta la elegante y graciosa oda pindárica *A Pedro Romero, torero insigne*.

Otra fué la misión, permítaseme el empleo de tan enfático vocablo, que tuvo que cumplir don Leandro Fernández de Moratín, y que dejó discretamente cumplida. Acérrimo impugnador del olvido de las reglas, se diría que barrió el camino que siguieron luego nuestros buenos escritores, apartando de él las malezas que estorbaban el paso para llegar á la meta y alcanzar el triunfo.

Las varias aptitudes de Moratín le hicieron digno de no corto aprecio. Fué erudito investigador de nuestra historia literaria en sus *Orígenes del teatro*; crítico y ameno prosista en la *Derrota de los pedantes*, cuyo estilo y cuyo lenguaje son un modelo de corrección y de gracia; agudo observador, fiel y atinado en la pintura de caracteres y pasiones, sobrio cuando no profundo y rico en chistes urbanos en *El café* y en *El sí de las niñas*; y fué poeta satírico de nada comunes alientos y sal ática en su *Lección poética* y en sus versos *El filosofastro*.

Cierta delicada sensibilidad que en sus comedias se nota, todavía da más pura muestra de sí en algunas de sus poesías líricas, como en la *Elegía á las Musas*, y más aún, porque no se combina con la menor sospecha de egoísmo ni de orgullo, en aquella breve composición en endecasílabos libres que escribió á modo de epitafio, en alabanza del modesto y candoroso D. Francisco Gregorio de Salas.

Todas las obras de Moratín están animadas de generosos afectos que las hacen simpáticas hasta para aquellos que no aceptan las doctrinas que dichas obras sostienen.

A mi ver, el vicio de escribir es el menos perjudicial de todos los vicios. Cuando no se emplea en denigrar por envidia ó venganza, ó en infundir susto para alcanzar posición ó dinero, no hay vicio más falto de picardía. Poco mal hace quien es-

cribe mal en verso ó en prosa. Con no leerle queda de sobra castigado. De aquí que á primera vista acaso desaprobemos en *El café* la cruel intolerancia de D. Pedro, sólo mitigada porque Moratín con la riqueza de su imaginación y sin real sacrificio pecuniario, nos representa á D. Pedro muy rico y muy dadivoso. Aun así, no tienen bastante disculpa la profunda humillación y el duro desengaño del infeliz D. Eleuterio. Lo único que no sólo disculpa sino que realza á Moratín, es su amor grandísimo al arte, la fe que tiene en su importancia y su deseo de que viva independiente.

Inspirado por sentimientos análogos, compuso Alfieri su libro *Del príncipe y de las letras*, amonestando á los escritores para que no fiasen su bienestar y sustento á la protección y á los favores de un encumbrado magnate, y para que tomasen oficio, si era menester humilde y mecánico, á fin de ganarse la vida, quedando así en plena libertad de emitir sus ideas, sin adular á un Mecenas y sin ocultar por interesados respetos lo mejor y lo más alto de lo que pensaban y sentían. Nada más incómodo y triste que tener que adular y que depender de alguien.

Bien lo declara el altísimo poeta cuando dice:

Come sa di sale  
Lopane altrui e come è duro calle  
Lo scendere e il salir per l'altrui scale.



Pero á pesar de esto, y atreviéndome yo á contradecir el parecer del aristocrático y severo dramaturgo italiano, tengo por cierto que jamás hubo poeta ni filósofo de alguna cuenta que, por consideración al tirano, al rey ó al prócer que le albergaba y mantenía, se dejase en el tintero y no comunicase á los hombres las verdades provechosas por él descubiertas ó las bellezas y primores por él imaginados. Más expuesto se halla á pecar de esta suerte el poeta ó el filósofo que tira á ganar popularidad lisonjeando los instintos y pasiones del vulgo y acomodándose al gusto predominante aunque sea perverso.

Fuerte es contra esto la repulsión de Moratín, que aspira á una noble y elevada libertad en quien escribe. Por lo demás, la verdadera garantía de esa noble y elevada libertad no estriba en que el escritor dependa ó no del favor de los magnates ó del favor del pueblo, sino en la independencia y rectitud de su carácter.

Lo que sí no puede menos de concederse, es que el escritor, y singularmente el poeta que toma el escribir como medio de ganarse la vida, está más expuesto que el que tiene otro oficio á forzar la máquina de su ingenio y á escribir á destajo y con fecundidad artificiosa y violenta.

En todos los géneros esto es muy de temer, pero más que en nada en la poesía lírica. Quintana, pon-

go por caso, debe su inmortalidad y su mayor gloria á media docena de composiciones, en las cuales, por mucho que las puliese y corrigiese, no pudo gastar más de ochenta días, por donde holgó y prescindió de la profesión de poeta durante más de ochenta años que duró su vida. Lo propio puede afirmarse de no pocos otros grandes poetas líricos que ha habido en el mundo.

Este elevado concepto de la poesía y de su dignidad y nobleza preside á la crítica de Moratín, y justifica la severidad de sus fallos.

En los grandes dramáticos que florecieron en España bajo la dinastía de Austria, así como en el inglés Shakespeare, reconoce Moratín y aplaude casi todos los aciertos y bellezas. Apenas hay una que le encubran sus preocupaciones de escuela. Lo que en ellos condena es la precipitación irreflexiva, la forzada abundancia y el escribir sólo por la necesidad ó conveniencia de escribir, á despecho del numen y en ausencia y sin auxilio de las musas.

Lícito es, cuando no se prescinde de la justa proporción, comparar personas y cosas cuya distinta grandeza no impide la semejanza. Así como Cervantes, censurando los libros de caballerías y reprobando sus delirios, nos revela, á cada paso, que admira sus bellezas, que se siente penetrado del espíritu poético que en ellos vive, y que al parodiarlos los imita con amor, especialmente el *Amadís* y

el *Orlando*, así Moratín, al censurar en la *Lección poética* el drama y la epopeya de los dos anteriores siglos, pinta con tal vivacidad, aunque en cifra, los lances y aventuras del héroe de un imaginado poema épico, que el lector presume que la pintura es bosquejo y no parodia. Tan bella es en todo la *Lección poética*, que tal vez produce hoy un efecto contrario al que su autor se proponía. Yo al menos, lamento á menudo que Moratín no hubiera aceptado alguna vez por guía lo que irónicamente enseña en dicha *Lección*. Entonces tengo por cierto que con su talento, con su arte exquisito y con su acendrado buen gusto, hubiera sacado, del plan que pone en cifra para ridiculizarle, un poema muy entretenido y ameno. De la misma manera, encerrando los preceptos con cien llaves, hubiera podido componer divertidas comedias de magia y dramas de enredos, bizarrías y lances de amor con más corrección, cuando no con vena tan rica como nuestros antiguos autores.

Fué de otro modo. Moratín permaneció fiel á sus preceptos, los siguió en la práctica y con el ejemplo los sostuvo. No hizo así ningún mal, sino mucho bien á la literatura española. No encadenó el ingenio de los que verdaderamente le tenían; antes bien despejó de nieblas la senda que habían de seguir para lograr el premio que buscaban. No estorbó su *Lección poética* la fecundidad de D. Ra-

món de la Cruz, ni hizo enmudecer su fama póstuma ni cesar el alto aplauso por él merecido y obtenido, y que en estos días la posteridad confirma, solemniza y sanciona. No impidió tampoco que floreciese más tarde, con original vigor, la inspiración cómica de Bretón de los Herreros, y que, por último, en virtud de una revolución literaria, cuyo primer impulso vino de fuera, si bien tuvo no poco de restauración de lo antiguo, nuestro teatro se levantase de nuevo con el Duque de Rivas, García Gutiérrez y Hartzenbusch, hasta la elevación que tuvo en su edad de oro.

El florecimiento de la cultura española en el reinado de Carlos III no se debió, pues, á impulso venido de fuera ni al favor regio, aunque fué poderoso y benéfico. España renació entonces con fuerzas nuevas; su cultura fué como planta, cuyas raíces vivas y firmemente asidas al suelo retoñan y florecen. Un acto despótico del Gobierno, sacando del mal el bien, hizo patente en Italia que en España no había muerto la vida del espíritu, la cual dió brillante razón de sí en las obras de los expulsados Jesuítas, que en letras humanas, y bien se puede sostener que creando nuevas ciencias, recordaron, hasta cierto punto, la ida á Italia, siglos antes, de los sabios fugitivos de Constantinopla.

Más mesurado que vigoroso fué el numen poético de España al principio de aquel período; pero